

novelas regionalistas y del lenguaje popular de América, el autor se mueve con verdadera simpatía y fervor en la discusión de variados problemas. Su investigación es sistemática y completa en sus múltiples proyecciones. En resumen, constituye una obra de consulta indispensable para estudiantes y maestros, y, en especial, para aquellos investigadores que vendrán a continuar una labor tan magníficamente iniciada.—FERNANDO ALEGRÍA.



ENTRE ESPADAS Y BASQUIÑAS. Tradiciones chilenas, por *Hermelo Arabena W.*—Editorial Zig-Zag, Santiago.

Cincuenta y tantos copiosos títulos de tradiciones, relatos y ensayos históricos y sociales componen este interesante volumen de Hermelo Arabena Williams, el que, no obstante la múltiple variedad del contenido, nos deja a la postre la impresión de haber gustado algo de muy consubstancial realización.

Con un desenfado a la vez romántico y festivo en la intención, y una galanura castiza en la forma, el autor de «Entre Espadas y Basquiñas» ha ido trazando en estas páginas, rasgo tras rasgo, la fisonomía de este Chile nuestro, desde los días azarosos del Conquistador don Pedro de Valdivia, en quien nos parece ya antever al definitivo germen de la psicología nacional, hasta los días azarosos del último paladín chileno, don Nicolás Palacios, defensor y descubridor de la raza (a quien hoy el sagaz don Francisco A. Encina confirma en mucha parte el derrotero de sus teorías), bajo la cual fisonomía material aparecen, con gran parecido, e identifican la personalidad moral, diríamos, de él, los atributos históricos, sociológicos, costumbristas, etc. Fruto y efecto todo ello de la veracidad artística de la narración, y de la lógica interdependencia de los hechos y cosas narrados, que se enredan en el tiempo con simpáticos hilos invisibles.

Documentado en el género hasta el detalle mínimo, e identi-

ficado espiritualmente al sentido del pasado nacional. Hermelo Arabena escoge con soltura la leve tela de la tradición, y borda y hace revivir en ella, en movimiento y colorido, con la hebra auténtica de un buen estilo castellano, pequeños cuadros perdurables, en los que han quedado entremezclados la historia y la fantasía. Las tradiciones, «La estrella del Conquistador»: «Sor Constanza «la morocha»»: «El solemne desengaño»: «Al primer hervor... o el curita de Cahuil»; y los ensayos «La Catedral de Santiago», y «Un paladín de la raza», entre otros muchos, reúnen, las primeras, a la liviana solidez de la reconstrucción histórica, el interés novelesco y la amenidad de la exposición; y los últimos, a la primicia de tantas bellas cosas hasta aquí malamente ignoradas, y a la emocionada acuciosidad en el detalle—en el pequeño revelador detalle—, el oportuno homenaje a un hombre bueno, patriota, y quizá sabio o quizá profético, cuya efigie singular el autor realza sobre ese cuadro trágico del 21 de septiembre de 1907, en la Escuela Santa María, de Iquique.

A la amenidad imaginativa y expositiva de las tradiciones, y relatos, y ensayos, de «Entre Espadas y Basquiñas», todos ellos, o casi todos, de un mayor contenido estético que las meras interpretaciones folklóricas de los buenos ensayistas nuestros, y que los buenos relatos de los escritores de índole histórica o tradicionista, o costumbristas, sin exceptuar a Manuel Concha y a Díaz Meza, y exceptuando en parte a José Joaquín Vallejo, y, si no superiores en gracia, más delicados en la intención retenida de romanticismo, y más sólidos en el uso del lenguaje a las sabrosas «Tradiciones Peruanas», de don Ricardo Palma, hay que agregar su valor eruditamente instructivo o informativo, el que a veces lleva al autor hasta el límite de lo demasiado anecdótico, como acaece en los títulos de hacia el final del libro. Quizá deberíamos asimismo recordarle a Hermelo Arabena—él, tan diestro en la interpretación y tan ajustado a la verdad histórica—que en los tiempos iniciales de don Pedro de Valdivia,

en que se desarrolla la primera narración del libro (*La estrella del Conquistador*, página 20), acaso no había aún en Chile, negros, como él allí les hace aparecer...

Pero esto y aquello, serían en todo caso pecadillos veniales, ante los méritos y virtudes capitales de esta obra de magnífica ornamentación histórico-romancesca.—GUILLERMO KOENENKAMPF



TODO Y NADA, por *Enrique Campos Menéndez*.—Editorial Emecé, Buenos Aires, 1947.

El hecho de que este escritor chileno resida desde hace años en Buenos Aires, y sólo muy de tarde en tarde aparezca su firma en revistas nacionales, hace que su nombre no sea lo suficientemente conocido entre nosotros. Hasta hay quienes creen, por haberse editado todas sus obras en la república Argentina, que se trata de un escritor rioplatense.

Para quienes seguimos el desarrollo de nuestra literatura, el autor de «*Todo y nada*» es ya una personalidad indiscutible. Su libro «*Fantasmas*», prologado por Ramón Gómez de la Serna, le situó entre los muy escasos escritores imaginativos con que cuentan las letras chilenas.

Alejado del *folklore*, que seduce a tantos y malogra a no pocos, crea personajes y ambientes universales con una soltura y una veracidad maestras, y plantea y resuelve conflictos espirituales como el más avezado de los psicólogos. Gran concedor del alma humana, sabe dar los matices exactos a sus más contradictorios personajes y consigue, sin esfuerzos visibles, presentarnos como a seres de carne y hueso a simples creaciones de su fantasía.

Este libro suyo, que acaba de aparecer, consta de tres relatos interesantísimos y de índole bien diversa: «*Todo y nada*», «*La post-guerra de Sebastián Cáceres*» y «*Otra Venus*». Se leen